

Carlos Altamirano (director), *Términos críticos de sociología de la cultura* Buenos Aires, Paidós, 2002, 288 páginas.

Michael Payne (comp.), *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales* Buenos Aires, Paidós, 2002 [1996], 755 páginas.

En los diccionarios de la lengua encontramos exclusivamente la definición de los términos, en orden alfabético; los hay también filológicos o de autoridades; los hay lunfardos. Todos buscan dar cuenta de lo diverso y de lo semejante. Recorren un camino que —según la calidad del diccionario— intenta agotar un vocabulario. Pero hay otros diccionarios, también tradicionales, que se hacen cargo de una disciplina o de un tema: los diccionarios de filosofía, psicología o ciencias políticas están en esta serie.

Paidós publicó en el mismo año dos libros que en principio podríamos señalar como diccionarios. Ambos ordenan términos alfabéticamente y se inscriben, desde el título, en un campo específico: sociología de la cultura en el que dirige Carlos Altamirano¹ y teoría crítica y estudios culturales en el que compiló Payne² en 1996 y ahora traduce Patricia Willson al castellano. Ambos, a diferencia de los tradicionales diccionarios temáticos, trabajan sobre campos no armados, o campos en constitución.

La primera pregunta, entonces, sería ¿cómo se cubren o se arman esos campos? La estrategia es diversa y esta diversidad puede leerse, como un signo visible, en la extensión de cada uno de los libros. El corpus que aborda el diccionario de Payne tiene límites más lábiles, sobre todo el de los Estudios culturales. En la “Introducción” Payne explica cuáles son las dificultades de armado de este campo doble y cuáles serán los criterios de las aperturas del diccionario. Aquí es donde pareciera que la identidad en movimiento de los Estudios culturales “se soluciona” como apertura hacia campos anteriores, como por ejemplo el de la crítica literaria en su sentido histórico. El efecto es, en parte, el de desborde del objeto. En este sentido uno podría preguntarse por qué hay una entrada para “Poesía”, “Comedia”, “Metáfora y metonimia” o “T. S. Eliot”, sin que aparezcan otras que estarían en una línea similar como “Novela” o “Ezra Pound”, por sólo citar dos casos.

Más allá de este efecto de desborde y dentro de las disciplinas elegidas, el diccionario de Payne se construye como gesto exhaustivo. Están todos los nombres que deben estar (Marx, Pierre Bourdieu, Raymond Williams, Freud, Lacan, Hoggart, Althusser, Stuart Hall, Homi Bhabha, Said, entre muchísimos otros); están todos los términos —de mayor y menor importancia— y además éstos suelen abrirse a partir de la especificidad; este es el caso de las distintas entradas a “Estudios...” (bíblicos, canadienses, caribeños, culturales —que a su vez se divide en estudios culturales europeos en Europa occidental y estudios culturales negros—, de cine, de la mujer, de nativos norteamericanos, de traducción, del siglo XVIII, irlandeses, islámicos, japoneses, latinoamericanos, poscoloniales, postsoviéticos, renacentistas, románticos, subalternos, sudasiáticos y victorianos). La lógica es la del rastillaje de cada uno de los temas y los teóricos o críticos que los han abordado alguna vez aunque, se sabe, la totalidad es una construcción limitada.

El libro de Altamirano, en cambio, parte de un campo más acotado, el de la sociología de la cultura (entrada que no aparece en el diccionario de Payne). La estrategia no es aquí la de la exhaustividad (en las 50 entradas elegidas no hay registro de nombres propios, por ejemplo) sino la

¹ Carlos Altamirano es docente en la Universidad Nacional de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de Quilmes. Es investigador del CONICET. Publicó, junto a Beatriz Sarlo, *Conceptos de sociología literaria* (Bs. As., CEAL, 1980), *Literatura/Sociedad*, Bs. As., Hachette, 1983 y *Ensayos argentinos: de Sarmiento a la vanguardia*, Bs. As., CEAL, 1997. Entre sus libros más importantes se cuentan *Fronzizi o el hombre de ideas como político*, Bs. As., FCE, 1998, *Peronismo y cultura de izquierda*, Bs. As., Temas Grupo Editorial, 2001 y *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Bs. As., Ariel, 2001. Compiló, entre otros, *La Argentina en el siglo XX*, Bs. As., Ariel, 1999. Dirige la colección “Intersecciones” de la Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes y ha dirigido la colección “Cultura y sociedad” de Nueva Visión.

² Michael Payne es profesor de Inglés en la Bucknell University (Pensilvania). Allí dicta cursos y seminarios sobre temas diversos como Crítica cultural, Psicoanálisis francés, Literatura para niños, Literatura bíblica, o Literatura del Renacimiento (especialmente, William Shakespeare). Entre sus libros publicados figuran *Reading Theory: An Introduction to Lacan, Derrida and Kristeva*, Oxford, Blackwell, 1993 y *Reading Knowledge: An Introduction to Barthes, Foucault and Althusser*, Oxford, Blackwell, 1997.

construcción de una red de términos precisa y acotada. Lo que presenta Altamirano es el utillaje, la caja de herramientas, de una disciplina cuyos nombres clave son Pierre Bourdieu, Raymond Williams y Clifford Geertz. Y aquí es donde puede marcarse otra de las diferencias con Payne, en este caso genérica. Porque *Términos críticos de la sociología de la cultura* no es estrictamente un diccionario, a pesar del ejercicio de definir bajo un orden alfabético; como libro puede ponerse más fácilmente en relación con *Palabras clave* de Raymond Williams, que tal vez funcione modélicamente.

El fuerte trabajo de selección (casi como si se dijera estos son los términos “ineludibles” para abordar la sociología de la cultura) y la posibilidad de leer la mayor parte de las entradas como conceptualización (y no sólo como definición de ciertos términos) inscriben el texto en otro lugar, como un libro de la disciplina. Si quisiésemos ajustar aun más esta diferencia, podríamos decir que Payne, tal como lo explicita en la “Introducción”, intenta dar cuenta de todos los términos que se manejaron históricamente y de los que están en el tapete (casi como “novedad”) en el momento de factura del diccionario. Algunas entradas como “cultura de la empresa” permiten leer un vocabulario sincrónico, también palpable en ciertas definiciones o explicaciones de términos (pensando que el diccionario se publica en Estados Unidos): “La producción en estudios culturales tal vez siga siendo volátil, autorreflexiva y esté alerta a nuevas cuestiones, pero puede necesitar contribuir a una agenda común de prioridades, por encima de los intereses de los especialistas en humanidades y en ciencias sociales, y responder a un nuevo período en el cual la hegemonía de la Nueva Derecha, y también de Occidente, está resquebrajándose rápidamente” (p. 206).

El libro de Altamirano, en cambio, se mueve dentro de una red de términos con peso histórico y parece dejar de lado deliberadamente aquellos que aparecen y reaparecen en las disertaciones académicas de los últimos tiempos, tales como “canon” y “frontera”. El primero parece cubierto bajo la forma de conceptualizaciones anteriores —elegidas como entradas—: gusto, convenciones o hegemonía. El segundo está presente en la noción de “hibridación” relevada, por otra parte, por uno de sus teóricos fundamentales, Néstor García Canclini.

Algunos cotejos

La noción de hibridación, justamente, es una de las entradas que sirven para describir ciertas diferencias alrededor de la definición y de los modos de definir. García Canclini, en el libro dirigido por Altamirano, comienza despejando el término dentro de una constelación que incluye “mestizaje”, “sincretismo” y “creolización”. Especifica diferencias y propone “hibridación” como término englobante. Aquí hay, de hecho, una toma de posición que está ausente en el texto compilado por Payne, que se adecúa a la idea más descriptiva de la definición. Y ¿qué describen las entradas del diccionario de Payne? Sobre todo, los usos del término: “‘híbrido’ suele denotar algo de origen mixto, de partes disímiles. Si bien la palabra ‘híbrido’ tiene diversas genealogías —como la lingüística y la horticultura—, en los ESTUDIOS CULTURALES y literarios se refiere a la idea de ocupar espacios intersticiales; es decir, identidades varias, compuestas o sincréticas, nuevas formaciones, pueblos creol o entremezclados, mestizaje, dingo.” (384). No hay, en este sentido, una elección; el término no supone la toma de posición en el debate sobre su/s sentido/s. García Canclini, en cambio, incluye el debate en el apartado cuando trae a colación los cuestionamientos de Cornejo Polar. Es más, discute con Cornejo Polar y argumenta a favor de su posición ya que, según él, los pasajes de términos de una disciplina a otra suponen siempre una reconstrucción en relación a otros conceptos. Hablar de “hibridación”, entonces, no significa anular las contradicciones de los cruces sociales, estéticos, culturales o étnicos. La definición de García Canclini, además —como casi todas las del libro— encierra un proceso de conceptualización teórica: “el conjunto de procesos en que estructuras o prácticas sociales discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas en los que se mezclan los antecedentes.” (124).

Este nivel de densidad teórica se impone al menos de tres maneras en el libro de Altamirano. Como reposición lúcida y sintética que estabiliza el término; como recorrido por las definiciones más relevantes de un vocablo y como apertura de una nueva definición que pone en juego otros conceptos. El primero es el caso de entradas como “Campo intelectual”, escrita por el mismo Altamirano, “Convenciones”, escrita por Beatriz Sarlo o “Hegemonía”, a cargo de Juan Carlos Portantiero. La segunda variedad puede leerse en la ya necesaria, a estas alturas, reconstrucción de la noción de “Estructuralismo”, a cargo de José Sazbón, en la de un término más novedoso, como lo es “Género” en relación a las corrientes feministas, escrito por Nelly Richards, o en la entrada “Cultura”, escrita por Javier Auyero y Claudio Benzecry, que parte de los clásicos —Dukheim, Marx y Weber— y recorre luego distintas instancias, o estadios diversos de esta definición: Pierre Bordieu, Clifford Gertz y Raymond Williams, entre muchos otros. El armado de una nueva definición suele ser interno, como se lee en el apartado “Culturas populares”, donde Jesús Martín-Barbero define la telenovela: “La novela o la

dramatización en televisión resultan expresión de una ‘oralidad secundaria’ (Ong [1982], 1985) en la que se mestizan la *larga duración* del ‘relato primordial’ (Frye, 1980) —caracterizado por la *ritualización de la acción* y la *topología de la experiencia* que imponen una fuerte codificación de las formas y una separación tajante entre héroes y villanos— con la *gramática de la fragmentación* (Sánchez-Biosca, 1995) del discurso audiovisual que articulan la publicidad o el videoclip.” (58)

Si uno coteja apartados como “Estudios culturales” e incluso el ya mencionado “Cultura” puede encontrarse con textos similares, con la misma información; sin embargo, lo que distingue el libro de Altamirano del de Payne, es —como ya se ha dicho— un grado mayor de conceptualización teórica (un lenguaje menos democrático, si se quiere) y el esfuerzo visible de ordenamiento de los sentidos o significados de cada término (puesta en relación entre diversas definiciones, armado de relaciones, e incluso elección de una de ellas).

Una puerta cerrada

El carácter desparejo del diccionario de Payne puede verificarse, simplemente, en la lectura del apartado “Estudios latinoamericanos”, escrito por Alice J. Poust. Lo lógico sería encontrarse allí con los estudios sobre Latinoamérica, con Ángel Rama, por supuesto, con Jesús Martín-Barbero, Néstor García Canclini o Carlos Monsiváis, entre los muchísimos que tenían una producción importante hacia el año 1996. Sin embargo, la entrada parece un resumen de un manual de literatura latinoamericana: Andrés Bello, Rubén Darío, José Martí, Ciro Alegría, Lezama Lima o Julio Cortázar. La referencia a “teóricos” y “críticos” es desplazada (Ortega y Gasset o Sartre), o es un recorte extremo de un corpus muy amplio que parece desconocerse: sólo aparecen los nombres de Octavio Paz y Carlos Fuentes.

Para un *Diccionario de teoría crítica y estudios culturales* este parece un error de investigación y de enfoque demasiado relevante. Sobre todo, si se compara esta entrada con las definiciones de “Estudios japoneses” o “Estudios poscoloniales”.

La apuesta

En la “Introducción” de Payne se lee la exhaustividad como declaración de principios: “Tal vez el diccionario podría haberse titulado con mayor precisión: ‘diccionario del variable discurso sobre el estudio de los seres humanos a fines del siglo XX’. Pero ese título abarcador habría creado falsas expectativas” (XIII). Efectivamente, uno puede encontrar en el libro términos esperables dado el recorte de las dos disciplinas seleccionadas, teoría crítica y estudios culturales, pero también la definición de otros que parecen estar fuera del marco planteado. La propuesta de Payne es la que sustenta la mayor parte de los diccionarios: la utilidad.

Pero esta utilidad está planteada como apertura, como inicio; seguramente, a partir de las entradas propuestas por Payne, uno deberá recurrir a la bibliografía. No es que esta opción esté negada en el libro de Altamirano, pero tanto la elección de los nombres —de hecho se encuentran varios de los intelectuales latinoamericanos de mayor prestigio, algunos de ellos definiendo aquello que han abordado largamente en sus textos—, como la precisión del objeto y de las fuentes teóricas que deben ser relevadas apuntan no sólo a la utilidad sino también a la gestión de un texto que unifique una disciplina (en algún sentido o para algunos puede ser un manifiesto).

Por eso es tan relevante la idea de trayectorias intelectuales. Habiendo ya publicado junto a Beatriz Sarlo *Conceptos de sociología literaria y Literatura/sociedad*, Carlos Altamirano plantea este libro no como diccionario, más bien trabaja armando el mismo campo de estudios y efectuando un ejercicio de esclarecimiento conceptual que permite incluirlo en esta constelación. Sarlo y Altamirano son dos nombres ineludibles a la hora de hablar de sociología de la cultura, como lectores y traductores al castellano de sus teóricos más importantes y en su propia producción. Y si bien Altamirano se dedica actualmente a la Historia intelectual, cuyo programa integra en la Universidad Nacional de Quilmes, *Términos críticos de sociología de la cultura* permitiría pensar ciertos puntos de contacto, en la elección de aquello que se lee y los tópicos a retomar, entre ambas disciplinas.

Otras trayectorias intelectuales relevantes están en juego en este libro, desde los nombres que se han dedicado a los estudios sobre semiología o medios masivos —Eliseo Verón, Oscar Steimberg, Jorge Rivera, Aníbal Ford—, hasta los que han abordado más lúcidamente la cultura popular —García Canclini, Jesús Martín-Barbero o Carlos Monsiváis—, o la cultura política —Juan Carlos Portantiero o Emilio de Ipola—; desde los francfurtianos más puros —como José Sazbón— hasta los que se dedican, en parte, a los estudios de género —como Nelly Richards—. A las primeras filas se agregan otros nombres que trabajan en la misma estela desde formaciones específicas (Graciela Silvestri, Elías Palti, Federico Monjeau, Adrián Gorelik o Andrea Giunta, entre otros). Hay, entonces, un grupo que a pesar de las distintas líneas se presenta como homogéneo.

Por esta razón el libro supera la idea de un diccionario y puede ser pensado como una puesta al día y ajuste de los términos fundamentales de la sociología de la cultura —sin apartarse del carácter programático—. Porque como dice el mismo Altamirano en el “Prólogo”: “Nuestros países [refiriéndose a Latinoamérica] no sólo no fueron ajenos al movimiento de ideas y sugerencias teóricas que alimentaron las diferentes etapas de la sociología de la cultura, sino que hicieron [y hacen, podríamos agregar nosotros] una contribución propia a su desarrollo” (XIV). En este sentido, quizás, la elección del campo también puede leerse como respuesta a la hegemonía de los estudios culturales (sobre todo en Estados Unidos) y como posicionamiento en una disciplina con un grado importante de espesor histórico.

Ana Porrúa